ANARQUISMOS NO OCCIDENTALES

JASON ADAMS

La historia del anarquismo fuera de los territorios que habitualmente conocemos como Occidente es tan rica como desconocida. *Anarquismos no occidentales* realiza un acercamiento a algunos de los protagonistas, nos referimos más a pueblos que a personas, de esa historia casi marginal de quienes han dado lecciones de lucha (y de vida) que es casi imposible encontrar en los libros de las instituciones académicas, y que tampoco son frecuentes en las librerías y bibliotecas anarquistas.

En este sentido, *Anarquismos no occidentales* es una lucha contra el olvido pero, sobre todo, un llamamiento a la complicidad con todas aquellas culturas, organizaciones y personas que dieron forma a unos principios (libertarios) bajo los cuales se esconden lecciones cuyo alcance quizás todavía no sepamos valorar.

Jason Adams

Anarquismos no occidentales

Reflexiones sobre el contexto global

ePub r1.0
jpneira 19.01.17

Título original: *Non–Western Anarchisms: Rethinking the Global Context*
Jason Adams, 2003
Traducción: La Neurosis o Las Barricadas Ed.
Diseño de cubierta: jpneira

Editor digital: jpneira
ePub base r1.2

El futuro del anarquismo debe valorarse en un contexto global; cualquier intento de restringirlo a una zona estará abocado a un resultado distorsionado. Los obstáculos para el anarquismo son, por lo general, globales; solo sus aspectos concretos están determinados por las circunstancias locales.

SAM MBAH

Nosotros somos revolucionarios para los reaccionarios de hoy, pero para los revolucionarios de mañana nuestros actos habrán sido propios de conservadores.

RICARDO FLORES MAGÓN

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es ayudar a los movimientos anarquistas/antiautoritarios en activo a volver a conceptualizar la historia y la teoría de la primera ola del anarquismo a escala global, y reexaminar su relevancia para el proyecto anarquista en curso. Sin embargo, si se quiere entender realmente toda la complejidad e interrelación del anarquismo como movimiento mundial, es sumamente necesario cambiar hacia un enfoque específico sobre la naturaleza única y la acción de los movimientos entre los *pueblos sin historia*. Esto es así porque la historiografía del anarquismo se ha centrado casi por completo en estos movimientos como si hubiesen pertenecido a los pueblos de occidente y del norte, mientras que los movimientos entre los pueblos de oriente y del sur se han pasado por alto en gran medida. Como resultado, da la impresión de que los movimientos anarquistas han surgido principalmente en el contexto de los países más privilegiados. Paradójicamente, lo cierto es que el anarquismo ha sido principalmente un movimiento de las regiones y pueblos más explotados del mundo. Si la mayor parte de la literatura anarquista disponible no cuenta esta historia no cabe atribuirlo forzosamente a una indiferencia maliciosa hacia los movimientos anarquistas no occidentales, sino más bien al hecho de que, incluso en el contexto de la industria editorial radical, no se han superado realmente los siglos de arraigado eurocentrismo. Esto ha ido cambiando en cierta medida, ya que solo en la última década ha habido varios intentos de reexaminar pormenorizadamente esta historia en ciertos países y regiones no occidentales, con trabajos como *Anarchism in the Chinese Revolution (Anarquismo en la Revolución China)* de Arif Dirlik, *African Anarchism (Anarquismo africano)* de Sam Mbah y *El anarquismo en Cuba* de Frank Fernández. Este artículo sigue los pasos de esta tradición reciente para adentrarse aún más en el terreno, relativamente nuevo, de evaluar, comparar y sintetizar sistemáticamente las conclusiones de todos estos estudios, junto con un trabajo de investigación original, para así desarrollar un conocimiento más global del anarquismo y su historia.

Para comenzar nuestra investigación, primero debemos aclarar lo que queremos decir en realidad con el término «anarquismo occidental». Retrotrayéndonos a los debates dentro de la Primera Internacional, rápidamente se hace patente que dicho término resulta inapropiado, puesto que en realidad es cierto lo contrario: el anarquismo siempre provino más del oriente/sur que del occidente/norte. Como ha señalado Edward Krebs, «Marx (y Engels) vieron idiosincrasia rusa en las ideas y en el comportamiento de Bakunin», mientras que «Bakunin expresó su temor de que la revolución social fuese a caracterizarse por el pangermanismo y el estatismo». Este debate ha llevado a algunos a situarlo básicamente entre las versiones occidental y oriental del socialismo, uno marcado por un compromiso fundamental con el orden y el otro por un compromiso fundamental con la libertad (1998: 19). En este sentido, el anarquismo puede entenderse como una interpretación *oriental* del socialismo más

que como una tradición totalmente occidental en el sentido habitual del término. Al mismo tiempo, no hay que olvidar que también se desarrolló una división extremadamente conflictiva norte–sur entre los países más desarrollados de Inglaterra y Alemania, y los países semiperiféricos menos desarrollados de España, Italia, etc. Esta división se basaba en diferencias de la realidad material, pero se desarrolló principalmente a lo largo de líneas ideológicas, con los países anglosajones del norte poniéndose de parte de Karl Marx, y los países latinos del sur poniéndose de parte de Mijaíl Bakunin (Mbah, 1997: 20). Así, lo mismo en el sentido oriente/occidente que en el norte/sur, el anarquismo ha sido a menudo la teoría preferida por los pueblos más oprimidos, sobre todo en aquellas sociedades que por su naturaleza principalmente feudal quedaron excluidas de la acción histórica en la interpretación marxista del mundo. Esto puede explicar en gran parte por qué el anarquismo se volvió tan popular en toda América Latina, y por qué a los anarquistas que emigraron de los países latinos de Europa se les recibió tan bien en todos los países que visitaban intentando difundir las ideas anarquistas.

Así, al utilizar la etiqueta «occidental» no me estoy refiriendo a la historia real del anarquismo, sino más bien al modo en que se ha construido el anarquismo a través de las múltiples lentes del marxismo, capitalismo, eurocentrismo y colonialismo, hasta ser entendido como tal. Este anarquismo distorsionado, descontextualizado y ahistórico que ahora conocemos, lo construyeron principalmente intelectuales que escribieron desde el contexto de los países centrales de Occidente: Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, España, Canadá, Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda. Como no ha habido prácticamente ninguna subversión real de la interpretación eurocéntrica del anarquismo hasta la década de 1990, la inmensa mayoría de la literatura disponible que pretende proporcionar una *visión general* del anarquismo está escrita de tal forma que induce a creer que el anarquismo ha existido únicamente dentro de este contexto, y raramente, o nunca, fuera de él. Por lo tanto, el anarquismo al que se da amplia difusión es el que se ha terminado identificando con Occidente, a pesar de sus orígenes orientales: Kropotkin, Bakunin, Godwin, Stirner y Goldman en la primera ola del anarquismo; Meltzer, Chomsky, Zerzan y Bookchin en la segunda y tercera ola del anarquismo. Raramente se mencionan figuras tan influyentes de la primera ola como Shifu, Atabekian, Magón, Shuzo o Glasse; un destino parecido se le impone a figuras comparables de la segunda y tercera ola, como Narayan, Mbah y Fernández —todas ellas de origen no occidental—. Esta construcción del anarquismo como occidental ha conducido, por desgracia, a un eurocentrismo impremeditado que aparece en los escritos de muchos teóricos y escritores de la segunda y tercera ola. Su trabajo se convierte entonces en el estandarte de lo que el anarquismo significa realmente para la mayoría de personas, según se imprime y reimprime, vende y revende constantemente en ferias del libro, *infoshops*, librerías anarquistas y otros lugares, según se cita y analiza, se compara y debate en círculos de lectura, artículos académicos, reuniones sociales, fiestas,

manifestaciones, reuniones y piquetes. Claramente, en los movimientos anarquistas de segunda y tercera ola se ha venerado este *anarquismo occidental*. El resultado ha sido que gran parte del anarquismo ha pasado de ser una tradición popular entre los más explotados de las sociedades de todo el mundo a convertirse en poco más que una vaga combinación de una curiosidad académica para intelectuales elitistas occidentales y una efímera fase rebelde de la juventud que al final, con la edad, se supera.

Este artículo muestra una interpretación alternativa, con la esperanza de que este sino se pueda cambiar: el anarquismo, en el primer cuarto del siglo XX, fue el mayor movimiento antisistema en casi todas las partes del mundo, no solo en Occidente. Si tenemos en cuenta que más de tres cuartas partes de la población mundial se hallan fuera de Occidente, rápidamente queda claro que el anarquismo en realidad puede atribuirse un mayor número de seguidores fuera de Occidente que en su interior. Por lo tanto, es justo decir que el anarquismo no solo ha sido un movimiento mundialmente significativo desde su mismo comienzo, sino que desde sus inicios ha sido también un movimiento principalmente no occidental. Este hecho básico se confirmó con el surgimiento de la segunda ola del anarquismo, que abarca desde finales de la década de 1960 hasta principios de los 70, en India, Argentina, México y Sudáfrica (Joll, 1971: 171). A su vez, la tercera ola del anarquismo, que ha alcanzado la popularidad desde finales de la década de 1990 hasta el presente, también vuelve a confirmar esto gracias a los movimientos renacientes en Brasil, Argentina, Corea, Nigeria y en otros lugares. Este ensayo en particular, sin embargo, es relevante para reexaminar de forma crítica la primera ola mundial del anarquismo, con el fin de permitir a los anarquistas pensar de una forma más integral y efectiva sobre la relevancia del pasado y su efecto a largo plazo sobre el presente. Este intento de criticar la visión reducida del *anarquismo occidental* debe, por supuesto, llevar a un conocimiento más preciso de la importancia y potencial de la segunda y tercera ola del anarquismo, tanto en el presente como en el futuro. Ciertamente, una motivación parecida impulsó la crítica al leninismo/estalinismo que se difundió tras los sucesos de inspiración anarquista de Mayo del 68, así como la crítica del maoísmo que llegó tras el Movimiento Democrático de finales de la década de 1970 en China, contribuyendo ambos en gran medida al desarrollo de la segunda y tercera ola del anarquismo en todo el mundo.

Pero, al trabajar en la crítica de nuestra interpretación del pasado, hay varios puntos que deben tenerse en cuenta en todo momento. Una interpretación superficial de la historia contextual que envuelve estas olas del anarquismo podría fácilmente parecer estar descubriendo varias «etapas históricas». Por ejemplo, es fácil percibir que la primera ola del anarquismo declinó en todo el mundo con el surgimiento de los bolcheviques, o que el declive del socialismo de Estado desde 1989 fue el eje sobre el que regresó el anarquismo en su tercera ola. Aunque ambas afirmaciones son ciertas hasta cierto punto, la tentación de sistematizar y esquematizar los movimientos

sociales globales, con el fin de hacerlos más fáciles de digerir, debe tomarse con gran cuidado y sutileza. De hecho, a menudo es un paso que no debería emprenderse en absoluto. La razón es que nunca se pueden comprender por completo los matices y la complejidad de los miles de movimientos sociales que han latido en las sociedades no occidentales a través de la lente de una teoría única que lo abarque todo: incluso factores de diferencia social aparentemente pequeños pueden dejarlos sin valor. Por ejemplo, mientras que en gran parte del mundo el anarquismo decayó después de la Revolución de Octubre de 1917, en grandes zonas del planeta este fue precisamente el momento en el que el anarquismo creció hasta un nivel de popularidad sin precedentes. En estos países, esto se debía en gran parte a la saturación de publicaciones periódicas con orientación anarquista en un idioma local en particular —lo que significó, por supuesto, la transformación del anarquismo en el filtro más importante para la interpretación alternativa general de la naturaleza de los sucesos en el mundo—. En otras palabras, una variación bastante pequeña en el idioma y las condiciones sociales entre una región del mundo y otra convirtió en completamente indefendible cualquier afirmación que generalizase sobre la importancia global del ascenso de Lenin al poder. O, por ejemplo, si a alguien se le ocurriese plantear que el comunismo primitivo ha sido «inevitablemente» reemplazado por el feudalismo, sucedido indefectiblemente por el capitalismo, el socialismo y finalmente el comunismo, esta persona estaría negando toda la historia de los socialismos híbridos africanos. Estos intentos de construir leyes universales en la interpretación de la historia son el tipo de cosas que deben evitarse deliberadamente para entender la importancia de la diferencia en la creación del *todo*. De hecho, como ha mostrado Theodor Adorno en *Dialéctica negativa*, solo mediante la negación y la diferencia se puede concebir el proceso histórico en su totalidad (Held, 1980: 205).

Así, aunque el mundo ha estado conectado a escala global ya durante varios siglos y que, como consecuencia, parecen existir muchos patrones, es importante recordar que esta conexión también ha sido totalmente desigual, caótica e impredecible. Como resultado, lo que es verdad para una región en particular no lo es para otra, y lo que es verdad para un país en particular en una región en particular a menudo no lo es para una subregión de su interior. Por ello, las declaraciones universales sobre la historia tienden a desmoronarse muy fácilmente cuando se someten a la prueba del juicio crítico. Esta crítica se vuelve especialmente simple entre los representantes de lo peor de este pensamiento determinista. Por ejemplo, como Sam Mbah ha señalado, muchos intelectuales de orientación marxista han llegado al extremo de argumentar que el colonialismo puede entenderse como algo *bueno*, ya que ha permitido a todas las partes del mundo alcanzar la *etapa* capitalista de la historia, una condición previa y, por supuesto, *necesaria* para la dictadura del proletariado. Con el fin de evitar este tipo de absurdos universalistas, en este artículo he optado por concentrarme no solo en lo positivo de la semejanza y homogeneidad entre regiones dispares, sino también igualmente en la negación, la heterogeneidad y

la diferencia. Es decir, intento descubrir lo que hace únicos a los anarquismos de los diferentes países, regiones y subregiones no occidentales, sin perder de vista sus posibles aspectos en común y en cómo se han interconectado. Tengo la esperanza de que, con esta elección, habré realizado una contribución mayor al futuro del proyecto anarquista global, al elegir conscientemente no definir las historias de las sociedades no occidentales por ellas. En vez de ello, dejo que las historias particulares hablen por sí mismas, trazando conexiones donde realmente existen y, a su vez, permitiendo que las contradicciones surjan de forma libre y natural. Lo hago así deliberadamente, ya que este sería el enfoque de quien se considere un aliado.

A pesar de mi decisión de evitar adoptar una teoría que lo abarque todo, he querido concentrarme principalmente en un periodo de tiempo en particular: desde finales del siglo XIX hasta el final del primer cuarto del siglo XX. Aunque los anarquistas de la segunda y tercera ola habitualmente describen este periodo como competencia de lo que llaman anarquismo *clásico*, sostengo que el anarquismo siempre ha sido una tradición descentralizada y diversa. En vez de reducir un periodo entero a lo esencial por su pertenencia a una u otra ideología, prefiero centrarme en la primacía de la contradicción y la diferencia, utilizando el concepto de «ola» como medio para entender las fluctuaciones en la propagación de los anarquismos más que como un modo de definir la naturaleza de los anarquismos en sí. Aunque esto parezca colocar un marco temporal alrededor del desarrollo de una corriente histórica ideológica que no necesariamente se puede encuadrar así, mi enfoque a este respecto no tiene que ver con la búsqueda de marcos temporales, sino más bien con la refutación y deconstrucción del concepto de anarquismo *clásico* como un conjunto homogéneo de ideas que puede ubicarse en un tiempo y lugar específicos. Esto es así porque creo que esta noción del anarquismo clásico desempeña un papel clave en la construcción del concepto de anarquismo occidental, puesto que este concepto se desarrolló en el contexto de Occidente y nunca se utiliza tal terminología para referirse al anarquismo no occidental. Paradójicamente, al centrarme en un periodo concreto, estoy realmente intentando deconstruir la falsa dicotomía entre corriente *clásica* y corriente *posmoderna* del anarquismo, con el fin de mostrar que estas interpretaciones temporales del desarrollo *progresivo* de las corrientes anarquistas son, en última instancia, erróneas. La razón es que estas ni por asomo reconocen todo el espectro de pensamiento que ha existido a escala global en la historia de las ideas anarquistas, ni tampoco reconocen las conexiones directas entre las primeras ideas y las ideas más recientes.

Si el *anarquismo occidental* es un constructo eurocéntrico, entonces, por supuesto, el *no occidental* también debe de ser en cierta medida problemático. Lejos de mi intención está, usándolo, dar la impresión de que las sociedades no occidentales pueden o deben considerarse en algún sentido un *mundo* homogéneo único. Tampoco puede deducirse que dentro de Occidente mismo no haya pueblos que, de forma original o ancestral, pertenezcan a sociedades no occidentales o que estos pueblos

nunca se hayan dedicado a actividades anarquistas. De hecho, un estudio más completo sobre los anarquismos no occidentales habría de investigar además la historia del anarquismo entre pueblos indígenas y pueblos de color dentro de las fronteras de países occidentales. Sin embargo, sí pongo especial empeño en centrarme en el considerable impacto que las migraciones globales y la hibridación ideológica resultante han tenido en el desarrollo del anarquismo —esto también ha ocurrido en parte dentro de las fronteras de los países occidentales, especialmente en París y San Francisco—. Otra crítica que anticipo es la inclusión de América Latina en el contexto de este estudio y lo que se supone que significa aquí exactamente el término «Occidente». A esta pregunta respondo que, con la inclusión de América Latina, estoy negando que la región se pueda entender como perteneciente por completo a *Occidente*, solo por el hecho de que muchas de las poblaciones de la región se identifiquen fuertemente con la cultura colonizadora —o quizás se podría decir que la cultura colonizadora es la que les identifica a ellos—. Más bien, en la tradición de Guillermo Bonfil Batalla, reconozco el contexto indígena *profundo* en el que nacieron estas sociedades en su gran mayoría mestizas y el impacto duradero que esto ha tenido y continúa teniendo en estas sociedades. De esta forma, América Latina puede efectivamente considerarse parte del contexto de las sociedades no occidentales. Para el propósito de este estudio, que es intentar reconstruir una historia del anarquismo en aquellos países en los que en gran medida se ha ignorado, definiría el término «Occidente» como formado esencialmente por Europa, Australia, Nueva Zelanda, Canadá y Estados Unidos. Estas regiones y Estados–nación se agrupan juntos porque han representado el corazón de la dominación mundial desde finales del siglo XV hasta el presente, tanto en oposición a la autodeterminación del resto del mundo como en oposición a la autodeterminación de los pueblos indígenas, las gentes de color y las personas de la clase obrera dentro de sus propias fronteras.

Todos los Estados–nación del mundo actualmente son híbridos de occidental y no occidental, ya que el fenómeno de la globalización ha impuesto la hegemonía del proyecto capitalista neoliberal en todo el mundo. Esto no solo es consecuencia de la fuerza de las armas, sino se debe también a que los países no occidentales respondieron en gran medida a la invasión de la dominación del mundo occidental tanto imitando como adoptando sus ideas y valores básicos. Pero con lo que Occidente nunca contó fue con que promoviendo e imponiendo la *modernización* mediante el cóctel darwinista social de neoliberalismo, colonialismo, industrialización y capitalismo, también estaba legitimando indirectamente las versiones antidarwinistas sociales de la modernización, es decir, los proyectos socialista y anarquista. Sin embargo, como los anarquistas turcos han señalado recientemente, el *socialismo* no occidental a menudo estaba de acuerdo con el proyecto de modernización, permitiendo incluso programas de ajuste estructural capitalistas neoliberales. Por el contrario, han señalado que «el anarquismo nació del mundo occidental y moderno, pero al mismo tiempo era una negación de estas cosas

[…], el anarquismo era una negación de la modernidad y de la dominación occidental» (Baku, 2001). Así, en todo el mundo, muchos pueblos no occidentales vieron cómo sus gobiernos cedían ante las presiones de Occidente y escogían las únicas opciones que venían con ese paquete progresista y parecían ofrecer un mínimo de libertad o igualdad: anarquismo o socialismo. De este modo, se puede decir que las pretendidas víctimas que había que controlar dieron la vuelta al proyecto progresista, que se puso en contra de sí mismo. Este progresismo del revés (o antiprogresismo) se propagó mediante la migración global de los anarquistas y de las ideas anarquistas, la mayoría de las veces como resultado de un exilio forzoso. Errico Malatesta, por ejemplo, ayudó a difundir el comunismo libertario en países tan lejanos entre sí como Líbano y Brasil, o Egipto y Cuba. Kotoku Shusui trajo casi sin ayuda el anarcosindicalismo a Japón después de pasar un tiempo sindicándose en la IWW americana en San Francisco en 1906. Y Kartar Singh Sarabha se convirtió en una influencia importante para el anarquista indio Bhagat Singh después de organizar a los trabajadores indios en San Francisco en 1912.

A lo largo de este trabajo, que considerará el anarquismo en su contexto regional asiático, africano, latinoamericano y de Oriente Medio, hay tres áreas principales de investigación que nos interesan. La primera de ellas es un estudio sobre las condiciones sociales locales específicas que llevaron al surgimiento del anarquismo como ideología y cómo moldearon estas condiciones su transformación en una manifestación híbrida única del movimiento anarquista mundial. La segunda se centra en esquematizar y analizar la influencia de las migraciones e inmigraciones de pueblos e ideologías, y cómo estos diferentes contextos sociales se influyeron mutuamente mediante un intercambio híbrido. La última área de investigación, incluida en esta conclusión, consiste en evaluar qué aspectos únicos de la primera ola de anarquismos no occidentales se mantuvieron en la segunda ola del anarquismo, así como considerar qué aspectos valiosos de la primera y segunda ola del anarquismo se mantuvieron en el proyecto anarquista en curso, actualmente en su tercera ola.

ANARQUISMO EN ASIA

China, Corea, Japón e India

Para comenzar a poner en duda la interpretación eurocéntrica predominante del anarquismo y su historia, primero debería empezarse con el continente más poblado del planeta: Asia. Con más de la mitad de la población mundial, ignorar la inestable historia política de la región es practicar la peor clase de eurocentrismo, sin mencionar, por supuesto, la interpretación superficial y distorsionada del anarquismo resultante. En muchas partes de Asia, el anarquismo fue el principal movimiento de izquierda radical en el primer cuarto del siglo XX. Esto ha de considerarse muy relevante para el proyecto anarquista, porque, dentro del contexto mundial, China es de lejos el país más poblado, con más de 1200 millones de personas. India es el segundo en población, con algo más de 1000 millones. Los dos países albergan más de una quinta parte de la población mundial, respectivamente, y en cada uno de ellos el pensamiento anarquista ha alcanzado un nivel de importancia política sin parangón en los Estados–nación más pequeños de Asia. Ya solo en términos de proporción de la población, estos datos implican que la reflexión sobre el contexto global sea extremadamente valiosa, y por eso comienzo aquí. Dentro del continente, comenzaremos primero con China, para pasar a los demás países de Asia Oriental y seguir luego con India.

Existieron varias razones localmente específicas por las que el anarquismo alcanzó una popularidad tan generalizada en China. Muchos han señalado el elemento de *gobierno limitado* (wuwei) en el pensamiento tradicional chino, que abarca toda la gama desde el taoísmo al confucianismo, pasando por el budismo. En consonancia con esta opinión, Peter Zarrow afirma en *Anarchism and Chinese Political Culture (Anarquismo y cultura política china)* que el anarquismo se «creó a partir de las ruinas del discurso neoconfuciano». Basándose en esta creencia, continúa trazando las conexiones entre las ideas taoístas de *orden sin coacción* y el posterior surgimiento del anarquismo (1990: 5). Aunque hay algo de verdad en las afirmaciones de Zarrow, es preciso hacer un esfuerzo para evitar centrarse demasiado en los elementos *anarquistas* contenidos en el pensamiento tradicional chino en detrimento de una comprensión del importante papel que desempeña la migración global y el propio colonialismo. Como ha observado Arif Dirlik, centrarse excesivamente en el pensamiento tradicional también podría considerarse en cierto modo orientalista, ya que atribuye «cualquier cosa nueva en China a la tradición china […] otra forma de decir que nunca hay nada significativamente nuevo en China». Como alternativa, Dirlik plantea que «con ayuda del anarquismo surgen nuevas interpretaciones del pasado chino y, a la inversa, se da una reinterpretación del anarquismo a través de las ideas taoístas y budistas» (1997). En otras palabras, el desarrollo y la propagación de las ideas no es nunca un proceso unidireccional; más

bien es siempre un intercambio.

En todo caso, esto es solo una parte. Otra razón de peso fue que no se había traducido al chino prácticamente ninguna obra teórica marxista hasta aproximadamente 1921, y ni siquiera entonces esto se tradujo en movimiento alguno basado en ella hasta finales de la década. Como resultado, el anarquismo disfrutó de una hegemonía casi universal sobre el movimiento desde 1905–1930, sirviendo así de filtro para los desarrollos de los movimientos radicales de todo el mundo. Incluso la Revolución de Octubre de Rusia de 1917 se reivindicó a partir de aquí como una *revolución anarquista*, aunque esta tergiversación fue efímera. Así, al contrario que en el resto del mundo, el movimiento anarquista en China no cayó con el advenimiento de la victoria bolchevique en Rusia, sino al contrario: ambas crecieron juntas en popularidad (Dirlik, 1991: 2).

En China, el anarquismo alcanzó la cima de su popularidad durante la *ilustración china*, también conocida como el Movimiento de la Nueva Cultura. El anarquismo pudo afianzarse sirviéndose de las influyentes ideas occidentales de liberalismo, cientificismo y progreso. Y, paradójicamente, gracias a la nueva percepción de China como Estado–nación en un mundo descentralizado y cosmopolita de Estados–nación en lugar de como centro de toda cultura, dio lugar al surgimiento de una ideología que exigía la abolición del Estado–nación (Dirlik, 1991: 3).

El origen del concepto de «revolución cultural», que es la definición misma de la diferencia entre el socialismo chino y el del resto del movimiento socialista, se puede rastrear directamente hasta este periodo de Nueva Cultura fuertemente anarquista, cuando el propio Mao era miembro de la Sociedad de la Voz del Pueblo y apoyaba con entusiasmo las opiniones del destacado líder anarquista Shifu, entre otros (Dirlik, 1997: 195; Krebs, 1998: 158).

Por supuesto, el concepto anarquista de revolución cultural difería mucho de la Revolución Cultural que Mao puso en práctica realmente, ya que para entonces, después de un amplio contacto con la Internacional Comunista, se había convencido totalmente de la necesidad de una autoridad centralizada y absoluta. La mayoría de los que más adelante se convertirían en líderes del Partido Comunista de China emergieron del movimiento anarquista de este periodo.

Al hablar de *anarquismo chino*, uno podría caer en la tentación de concebirlo simplemente como el que se desarrolló dentro de las fronteras reales del país, pero esto implicaría ignorar la importante influencia que ejerció la migración sobre el movimiento, de alcance fuertemente internacionalista. En el continente, la actividad anarquista china se concentraba principalmente en la región de Cantón, en el sur de China, así como en Pekín. En Cantón, Shifu era el más activo e influyente de los anarquistas, ayudando a organizar algunos de los primeros sindicatos del país. Estudiantes de Cantón formaron la Sociedad de la Verdad, la primera organización anarquista en la ciudad de Pekín, entre otros muchos proyectos. Pero, como otros Estados–nación en todo el mundo en ese momento, China se estaba convirtiendo

rápidamente en una nación más dinámica y diversa, marcada profundamente por las repetidas invasiones de potencias extranjeras, así como por las migraciones globales de su propia gente. Los anarquistas vivieron y se organizaron en comunidades chinas por todo el mundo, incluyendo Japón, Francia, Filipinas, Singapur, Canadá y Estados Unidos. Entre ellas, las dos más relevantes fueron las comunidades de la diáspora en Tokio y París.

De estas dos, los anarquistas de París fueron en última instancia los más influyentes a escala mundial. Fuertemente influenciados por su entorno europeo (así como por otras razones personales que les llevarían allí), llegaron a considerar retrógrada a gran parte de China, rechazando casi todos los aspectos de la cultura tradicional. Girando al progresismo como respuesta a los problemas de China, abrazaron lo que consideraron el poder universal de la ciencia, plasmado sobre todo en las ideas de Kropotkin. Con este espíritu, Li Shizeng y Wu Zhihui formaron en 1906 una organización con fuerte inclinación internacionalista, denominada la Sociedad Mundial (Dirlik, 1997: 15). Por el contrario, los anarquistas chinos en Tokio, como Liu Shipei, abiertamente antiprogresistas, adoptaban el pensamiento y las costumbres tradicionales de China. Al vivir en un contexto social diferente, el anarquismo que se desarrolló en Japón influyó mucho más fuertemente en ellos por muchas y variadas razones, lo que nos lleva, evidentemente, a la cuestión del anarquismo japonés.

Al igual que en China, la Revolución de Octubre en Japón no tuvo la misma repercusión negativa para el movimiento que se había producido en otras muchas partes del mundo. De hecho, el periodo inmediatamente posterior a 1917 se convirtió en la cima del anarquismo japonés en lo que respecta a números e influencia reales (Crump, 1996: xvi). El anarquismo en Japón era bastante diverso, pero entre la amplia variedad de anarquismos destacaban dos tendencias principales: los ideales de la lucha de clases del anarcosindicalismo, promovido por figuras como las de Kotoku Shusui y Osugi Sakae, y la tendencia, algo más amplia, del *anarquismo puro*, promovido por activistas como Hatta Shuzo. Ambas tendencias atrajeron una gran cantidad de seguidores, y ambas tuvieron su apogeo en distintos momentos del primer cuarto del siglo XX.

Los anarcosindicalistas siguieron los pasos de la tradición bakuninista del colectivismo, que estaba en gran parte basada en relaciones de intercambio: a cada uno una cantidad equivalente a su contribución al colectivo. Además, los sindicalistas estaban sobre todo interesados en las luchas del día a día de la clase obrera, argumentando que el objetivo superior de la revolución debería posponerse hasta haber alcanzado un nivel organizativo considerable. Después de la revolución, los sujetos revolucionarios conservarían sus identidades como *trabajadores*, tal y como lo habían sido antes de la revolución. La materialización predominante de esta tendencia fue la Federación Libertaria de Sindicatos de la Región Japonesa (Zenkoku Jiren), una importante federación anarcosindicalista de sindicatos fundada en 1926

que contaba con más de 16.000 miembros (Crump, 1996: 97).

En 1903, Kotoku Shusui renunció a su trabajo como periodista en Tokio tras declarar esta su apoyo a la guerra ruso–japonesa y la ocupación de Corea. Se marchó para fundar el periódico antibelicista *Diario del hombre común (Heimin Shimbun)*, por el que pronto sería encarcelado. Durante su estancia en prisión, estableció contactos con anarquistas de San Francisco y su fascinación por la teoría anarquista fue en aumento. Al salir de la cárcel, Shusui se mudó a San Francisco, se sindicó con miembros de la IWW y volvió a Japón con el germen intelectual y práctico del sindicalismo. Esta evolución pronto influiría en figuras como Osugi Sakae y llevaría a la formación de la Zenkoku Jiren (Crump, 1996: 22).

En cambio, los anarquistas puros se parecían más a los comunistas libertarios de la tradición de Kropotkin combinada con una fuerte inclinación antiprogresista y protradicionalista. Como grupo se incorporaron mayoritariamente en la organización militante Liga Negra de la Juventud (Kokuren). Históricamente, el teórico «anarquista comunista agrícola» de mediados del siglo XIX Ando Shoeki es considerado por muchos como su predecesor filosófico principal. Las críticas del anarquismo puro hacia el anarcosindicalismo se centraban sobre todo en el hecho de que los sindicalistas mantuviesen una división del trabajo en la administración de la sociedad postrevolucionaria. Esta división del trabajo significaba que la especialización seguiría siendo un rasgo relevante de la sociedad, que llevaría a una visión centrada internamente en ciertas industrias, en vez de compaginar al intelectual y al trabajador. Los anarquistas puros también buscaban suprimir las relaciones de intercambio en favor de la máxima de cada cual según su capacidad, a cada cual según su necesidad. En cierto sentido podría considerarse que intentaban desarrollar una interpretación más específicamente japonesa del anarquismo. Por ejemplo, cuestionaban la pertinencia del sindicalismo para una sociedad todavía basada esencialmente en el campesinado y con una clase obrera industrial relativamente reducida (Crump, 1996: 7).

A pesar de la diferencia que separa el anarquismo sindicalista del anarquismo puro, coincidían en general en que todas las interpretaciones japonesas del anarquismo eran teorías híbridas, adaptadas a la situación local. Esta situación era extremadamente represiva: se dispersaban reuniones, se reprimían manifestaciones y se prohibían publicaciones anarquistas habitualmente durante toda la primera ola del anarquismo. Un buen ejemplo lo tenemos en el incidente de las Banderas Rojas de 1908, cuando docenas de anarquistas que celebraban la puesta en libertad del preso político Koken Yamaguchi fueron brutalmente atacados y detenidos solamente por mostrar la bandera roja. La traducción y publicación de textos anarquistas se realizaba a menudo en secreto para evitar la represión, como la traducción de Kotoku de *La conquista del pan* de Kropotkin. Otro aspecto de las singulares condiciones locales era que los textos que describían realidades de Occidente debían adaptarse a la población local. Por ejemplo, en la traducción japonesa de las obras completas de

Kropotkin, que se podía conseguir con facilidad, la «comuna» europea se transformó en una aldea agrícola japonesa tradicional (Crump, 1996: xiii). Pero este proceso también se producía en parte a través de los anarquistas europeos y de la migración e inmigración de personas e ideas. Obviamente, así se llegaron a traducir al japonés estos ensayos. Kropotkin intercambió correspondencia directamente con Kotoku varias veces y accedió a que este tradujera varios de sus trabajos más importantes. Sus viajes a San Francisco provocaron también cambios drásticos en el movimiento anarquista de Japón. Así, esta conexión global de anarquistas era extremadamente importante, pero, como he demostrado, se realizó una adaptación a la audiencia local.

Otra condición local que moldeó el desarrollo del anarquismo en Asia Oriental fue que Japón tenía lo que podríamos denominar su propia «Doctrina Monroe» en la mayor parte de la región. Como ha sido con frecuencia el caso en otros lugares, los anarquistas japoneses utilizaron su relativo grado de privilegio para difundir el anarquismo en toda la región. Estos esfuerzos por toda Asia llevaron a la formación de la Federación Anarquista Oriental, que contaba con anarquistas de China, Vietnam, Taiwán o Japón. De hecho, así es como el anarquismo alcanzó Corea por primera vez, después de la invasión por Japón en 1894 para *protegerla* de China. Los emigrantes coreanos que vivían en Tokio cayeron bajo la influencia del anarquismo japonés y se involucraron con entusiasmo en el movimiento antiimperialista. Como resultado, más de 6.000 fueron acorralados después de que el autoritario Estado japonés les culpase inverosímilmente del terremoto de Tokio de 1923. Se les golpeó y encarceló, y a dos de ellos incluso se les condenó a muerte junto con sus compañeros japoneses en el Caso de la alta traición (MacSimion, 1991). Más tarde, durante la lucha por la independencia de 1919, en la que los anarquistas destacaron, los refugiados migraron a una China que se encontraba en el punto álgido de la influencia anarquista a resultas del Movimiento de la Nueva Cultura. Al mismo tiempo, los anarquistas japoneses continuaron con su trabajo de solidaridad con el movimiento de liberación coreano.

Para 1924 se había formado en China la Federación Comunista Libertaria de Corea (FCLC), con una orientación explícitamente antiimperialista, que también ayudó a organizar sindicatos explícitamente anarquistas. Al mismo tiempo se estaban desarrollando tendencias anarquistas dentro de la propia Corea. Por ejemplo, hay constancia de que en esta época se organizó la Liga de Revolucionarios y que esta mantuvo una amplia comunicación con la Liga Negra de la Juventud de Tokio. En 1929 su actividad se había materializado por completo en la propia Corea, principalmente en torno a los centros urbanos de Seúl, Pionyang y Daegu. Sin embargo, la cima del anarquismo coreano llegó más tarde, ese mismo año, fuera de las fronteras del país, en Manchuria. Más de dos millones de inmigrantes coreanos vivían en Manchuria en el momento en el que la FCLC declaró la provincia de Shinmin autónoma y bajo la administración de la Asociación del Pueblo Coreano. La estructura descentralizada y federativa que adoptó la asociación consistía en consejos

de aldeas, consejos de distrito y consejos de zona, todos los cuales funcionaban de forma cooperativa para ocuparse de la agricultura, la educación, las finanzas y otro asuntos vitales. Las secciones de la FCLC en China, Corea, Japón y demás dedicaron todos sus esfuerzos al éxito de la Rebelión de Shinmin, la mayoría de ellos incluso mudándose allí. Viéndoselas simultáneamente con los intentos de la Rusia estalinista para derrocar la región autónoma de Shinmin y con los intentos imperialistas de Japón de reclamar la región para sí, en 1931 los anarquistas coreanos habían sido ya aplastados (MacSimion, 1991).

Por toda Asia Oriental, los anarquistas demostraron un fuerte compromiso con el internacionalismo, apoyándose entre sí y reforzando mutuamente sus movimientos, en lugar de pensar solo en términos de sus propios Estados–nación. El *nacionalismo* de los anarquistas chinos y coreanos, por lo tanto, se puede considerar una forma de internacionalismo anarquista disfrazado de nacionalista por conveniencia política. En ambos países el movimiento anarquista buscó reforzar las luchas nacionalistas en tanto que estas se liberaban de la dominación imperial, pero fueron decididamente internacionalistas, puesto que el objetivo a largo plazo era suprimir también los sistemas de Estado–nación de China y Corea. Lo mismo puede aplicarse a los anarquistas japoneses, que prestaron su solidaridad a los movimientos antiimperialistas de Japón, Corea y otras partes de Asia Oriental. Como se ha señalado antes, el surgimiento de la Federación Anarquista Oriental y su periódico *El Este (Dong Bang)* testimonia la naturaleza global y orientación del anarquismo durante principios del siglo XX.

Aunque India se encuentra en la frontera occidental de China, la conexión y comunicación entre los anarquismos de ambos son relativamente desconocidas, ya que en India el anarquismo nunca llegó realmente a adoptar del todo una naturaleza que se pueda denominar formalmente «anarquista». En India, la relevancia del anarquismo se encuentra principalmente en la profunda influencia que algunos de sus aspectos fundamentales tuvieron sobre movimientos importantes para la liberación nacional y social. Con el fin de entender el desarrollo en India del movimiento Satyagraha, fuertemente anarquista, primero deben considerarse las condiciones locales objetivas en las que se desarrolló. India es el segundo país más poblado del mundo, con más de 1000 millones de habitantes. Retrotrayéndose al pensamiento hinduista antiguo, se pueden encontrar antecedentes del concepto de sociedad sin Estado. Por ejemplo, el Satya Yuga es básicamente una descripción de una posible sociedad anarquista en la que las personas se gobiernan a sí mismas sobre el principio de la ley universal natural del dharma (Doctor, 1964: 16). Pero al mismo tiempo que una sociedad sin Estado se ve como una posibilidad, gran parte del pensamiento político hindú se centra en la naturaleza inherentemente malvada del ser humano que implica el *derecho divino* de los reyes a gobernar siempre y cuando mantengan al pueblo protegido del desastre. Si no gobiernan sobre el fundamento del *dharma*, sin embargo, los Chanakyasutras conceden que «es mejor no tener un rey que tener uno

que carece de disciplina» (Doctor, 1964: 26). Por supuesto, esto contrasta fuertemente con la noción occidental de derecho divino universal de los reyes independientemente de las consecuencias.

El anarquismo encuentra su primera y más conocida expresión en India con la afirmación de Mahatma Gandhi de que «la maldad del Estado no es la causa, sino el efecto del mal social, al igual que las olas del mar son el efecto, y no la causa, de la tormenta. La única forma de curar la enfermedad es eliminar la causa misma» (Doctor, 1964: 36). En otras palabras, Gandhi consideraba la violencia como la raíz de todos los problemas sociales, y al Estado como una manifestación clara de esta violencia, puesto que su autoridad depende del monopolio sobre su uso legítimo. Por lo tanto, sostuvo que «el Estado es perfecto y no violento cuando se gobierna a las personas lo mínimo. El enfoque más cercano a la anarquía más pura sería una democracia basada en la no violencia» (Doctor, 1964: 37). Para Gandhi, el proceso de conseguir semejante Estado de no violencia (ahimsa) implicaba un cambio de actitud y de pensamiento de las personas, en lugar de un cambio en el Estado que las gobierna. El autogobierno (*swaraj*) es el principio subyacente que articula toda la teoría de la *satyagraha*. Esto significaba no solamente la consecución de la independencia política para el Estado–nación indio, como muchos han interpretado, sino también, de hecho, justo lo contrario. *Swaraj* parte primero del individuo, luego se desplaza hacia afuera, hasta el nivel de la aldea, y aún más hacia fuera, hasta el nivel nacional; el principio básico es el de la autonomía moral del individuo por encima de cualquier otra consideración (Doctor, 1964: 38).

Así, en general, la pasión de Gandhi por la liberación colectiva surgió antes que nada de una noción muy anarquista del individualismo: en su opinión, la conciencia del individuo es realmente la única forma legítima de gobierno. Como él dijo, «*swaraj* sería absurdo si los individuos tienen que renunciar a su juicio en favor de una mayoría». Mientras esto va en contra de las ideas occidentales acerca del gobierno, Gandhi razonó que una sola opinión acertada es mucho más útil que la del 99,9% de la población, si la opinión de la mayoría es errónea. Este individualismo *swaraj* también le llevó a rechazar tanto la política parlamentaria como su instrumento de legitimación, los partidos políticos. Él creía que aquellos que de verdad querían un mundo mejor para todos no habrían de necesitar unirse a un partido concreto para conseguirlo. Esta es la diferencia entre Raj–Niti (política del Estado) y Lok–Niti (política del pueblo). El individualismo *swaraj* significaba que todo debía volver a pensarse de nuevo: por ejemplo, la idea de que el individuo existe por el bien de la organización más amplia debía descartarse en favor de la idea de que la organización más amplia existe por el bien del individuo, y de que uno debe ser siempre libre de marcharse y disentir (Doctor, 1964: 44).

Sin embargo, las ideas de Gandhi acerca de un camino pacifista a *swaraj* no dejaron de encontrarse con cierta oposición, incluso entre las filas de los influidos por el anarquismo. Antes de 1920, los anarcosindicalistas indios y el influyente líder

independentista Bhagat Singh representaban un movimiento paralelo más explícitamente anarquista. En Singh influyeron una serie de anarquismos y comunismos occidentales, y se convirtió en un ateo reivindicativo en un país en el que este tipo de actitudes eran extremadamente impopulares. Curiosamente, estudió con intensidad a Bakunin, pero, aunque estaba notablemente menos interesado en Marx, se vio muy atraído por los escritos de Lenin y Trotsky, que «habían conseguido provocar una revolución en su país». Así, en general, se puede recordar a Singh en cierta manera como un anarquista–leninista, si es lícito usar este término. En la historia de la política india, hoy se recuerda a Singh situándolo entre el pacifismo de Gandhi y el terrorismo, ya que se involucró activamente en la coordinación de organizaciones anticoloniales populares para luchar por la libertad de la India ante el dominio británico. Sin embargo, también formó parte de un ambiente al que Gandhi se refería como «el culto de la bomba», del que, por supuesto, afirmó que estaba basado en las ideas occidentales del uso de la violencia como medio para conseguir la liberación. En respuesta, los revolucionarios indios argumentaban que las ideas de la no violencia de Gandhi también procedían de Occidente, con origen en Lev Tolstói, y que, por lo tanto, tampoco eran auténticamente indias (Rao, 2002). De hecho, es probable que en Singh influyesen las ideas occidentales acerca del cambio social: igual que su equivalente japonés Kotoku Shusui, el compañero y mentor de Singh, Kartar Singh Sarabha, organizó en San Francisco a trabajadores del sur de Asia, con lo que ambos entregaron finalmente su vida a la liberación de los indios en todo el mundo.

En este contexto destacaron la Asociación Republicana Indostánica y la organización juvenil Naujawan Bharat Sabha, en las cuales Singh participó activamente. A pesar de su reticencia inicial, a mediados de los años 1920 Singh comenzó a aceptar la estrategia de armar a la población india en general con el fin de expulsar a los británicos del país. Al servicio de esta misión viajó por todo el país organizando milicias populares, sumando en el proceso un gran número de seguidores. En 1928, esta estrategia de revuelta armada organizada dio paso a apoyar abiertamente actos individuales de martirio y terrorismo en un artículo que Singh publicó en el periódico proindependentista *Kirti*. En otros números de ese mismo periódico publicó su famoso ensayo «Por qué soy ateo», así como varios artículos sobre anarquismo. En los artículos anarquistas, Singh equiparó la idea india tradicional de *hermandad universal* con el principio anarquista de *sin gobernantes*, centrándose sobre todo en la importancia primordial de alcanzar la independencia de cualquier autoridad externa. Aunque influyeron en él los escritos de Lenin y Trotsky, Singh nunca se unió al Partido Comunista de la India, a pesar de haber vivido seis años desde su fundación original (Rao, 2002). Esto se debió quizás a la influencia anarquista en sus ideas. En cualquier caso, las ideas anarquistas (si no la ideología anarquista en su totalidad) desempeñaron un gran papel en los movimientos de *swaraj* de Gandhi y Singh.

ANARQUISMO EN ÁFRICA

Igbo, Egipto, Libia, Nigeria y Sudáfrica

El anarquismo africano temprano se desarrolló a lo largo de ambas costas del continente, principalmente en el ámbito de las ciudades portuarias con diversidad étnica del norte y el sur de África. Aparte de una pequeña cantidad de literatura sobre estos movimientos, se ha publicado muy poco sobre el tema. Como en el caso indio, esto cabe atribuirlo en parte a que aquí se trata más de un movimiento coherente basado en ideologías que de una historia del anarquismo. Pero también se debe en parte a la hegemonía de sistemas de Estado–nación de carácter capitalista–imperialista o de sistemas postcoloniales *socialistas africanos* en toda la región. El mayor movimiento anarquista del continente en el primer cuarto del siglo XX fue el de Sudáfrica. Estudios recientes realizados por anarquistas nigerianos como Sam Mbah han puesto de relieve que el pensamiento anarquista como ideología no se extendió a la mayoría del continente africano de manera significativa hasta mediados del siglo XX (1997: 1). Sin embargo, incluso reconociendo la falta de una forma ideológicamente coherente de anarquismo, en su estudio se hace hincapié en los elementos sociales anarquistas que se encuentran en muchas tribus africanas. En este sentido, el *comunalismo* tribal se entiende como una forma no occidental de anarquismo, única y específicamente dentro de un contexto africano. En sus propias palabras, «todas las […] sociedades africanas tradicionales manifiestan *elementos anarquistas* […]. Los ideales subyacentes al anarquismo podrían no ser tan nuevos en el contexto africano. Lo que sí es nuevo es el concepto de anarquismo como movimiento social o ideología» (1997: 26).

Con esta acepción, el término «comunalismo» se usa aproximadamente como el concepto de Marx de «comunismo primitivo» —una sociedad sin Estado, que es postcazadorrecolector y prefeudal—, aunque teorías tan grandilocuentes no se toman en serio porque la mayor parte de África nunca *avanzó* más allá de esta *etapa histórica*, especialmente en las zonas rurales del continente. En este contexto, se reconoce como líderes a los ancianos de la comunidad tribal atendiendo a su experiencia, pero no como autoridades con acceso a acciones coercitivas legítimas *per se*. La religión y los grupos de hombres *clasificados por edades* que realizaban tareas específicas para la aldea funcionaban como métodos para mantener la cohesión social interna, aunque algunas sociedades sin Estado también eran matrifocales (Mbah, 1997: 33). En particular, tanto los igbo como los pueblos del delta del Níger y los talensi son bien conocidos por estar caracterizados por formaciones sociales antiautoritarias y con democracia directa. Se organizaban principalmente alrededor de la autoridad suprema de asambleas que, atemperadas por el asesoramiento del

consejo de ancianos, congregaban a la aldea en una forma de democracia directa. Aunque estas sociedades eran principalmente patriarcales, las mujeres desempeñaban también ciertos papeles en la gestión de la sociedad a través de sus propias organizaciones (Mbah, 1997: 38).

La llegada del llamado *socialismo africano* surgió de la colonización, industrialización y urbanización del continente, que comenzó con la Conferencia de Berlín de 1884–1885, en la cual Europa se repartió África en Estados–nación, situados por encima y entre las sociedades sin Estado que en el pasado habían formado la base de la administración descentralizada del continente. Estos Estados–nación coloniales facilitaron la extracción de los recursos naturales en beneficio de las élites europeas, destruyendo, desplazando, dividiendo y debilitando las sociedades sin Estado. En muchos Estados–nación africanos, el movimiento anticolonial lo dirigieron *socialistas africanos*, como Muamar el Gadafi de Libia, Gamal Abdel Nasser de Egipto y los *socialistas de la negritud* como Senghor. Lo único que la mayoría de ellos tenía en común fue que les fagocitaron muy rápidamente y quedaron subyugados a los intereses del capitalismo occidental. Pero, a pesar de que este tipo de socialismos africanos estaban en su mayor parte controlados por una orientación marxista, moldeada y guiada por los intereses capitalistas extranjeros, no era así en todos los casos.

Después de que Nigeria lograse la independencia en 1960, implementó en todo el país un sistema agrícola colectivo, basado en una síntesis de elementos del comunalismo tradicional africano y del sistema *kibutz* israelí. Puede verse asimismo que el conocido *Libro verde* de Gadafi estaba tan influenciado por la lectura de Bakunin como por la de Marx. Su concepto de Yamahiriya[1] era también bastante parecido al del sistema agrícola colectivo de Nigeria. Pero mucho más ilustrativo que cualquiera de los anteriores es la teoría y práctica del sistema Ujamaa de Julius Nyerere. En este sistema, opuesto tanto al capitalismo como al *socialismo doctrinario*, una forma renovada de comunalismo africano se convirtió en la base de la sociedad postcolonial de Tanzania. Desafortunadamente, el sistema Ujamaa falló finalmente a causa de una rápida degeneración hacia el control del Estado sobre el campesinado bajo la atenta tutela del Banco Mundial (Mbah, 1997: 77). En el continente africano, Tanzania no estaba sola en absoluto en esta evolución, que curiosamente se produjo con la misma frecuencia en los Estados–nación *socialistas* que en los Estados–nación capitalistas.

Como se ha mencionado antes, un país que a principios del siglo XX tuvo un movimiento anarquista organizado de considerable importancia fue Sudáfrica. Un afrikaner blanco llamado Henry Glasse había ayudado a organizar los primeros pasos de un movimiento anarquista en el país a finales del siglo XIX. Poco después del cambio de siglo, una coalición de anarquistas y otros socialistas antiestado fundó en Ciudad del Cabo la Federación Democrática Social, a lo que siguió el surgimiento de la efímera IWW sudafricana. Lo más destacado de dichas formaciones en aquel

momento fue que estaban constituidas en su abrumadora mayoría por blancos, cuando la inmensa mayoría de ese Estado–nación no lo era. Los blancos acapararon la mayoría de los trabajos mejor pagados para mano de obra cualificada, mientras que los indios, personas racialmente mixtas y blancos pobres ocupaban los trabajos *intermedios*, y los negros quedaban atrapados en los trabajos más duros, para mano de obra no cualificada (Van der Walt, 2002).

Esta situación cambió finalmente en 1917, cuando miembros de la Liga Internacional Socialista ayudaron a montar la organización sindicalista, mayoritariamente negra, Industrial Workers of Africa (Trabajadores Industriales de África). Aunque fuertemente influenciada por la IWW, retuvo los elementos deleonistas propolíticos tempranos que se habían abandonado en la IWW tras la división entre sindicalistas y deleonistas en 1908 (Mbah, 1997: 66). Cuando algunos comenzaron a cuestionar la eficacia de involucrarse en la política electoral, nació la Liga Internacional Socialista, con una orientación explícita antielectoralista y de acción directa. De 1918 a 1920, el Congreso Nacional Africano contó con varios sindicalistas anarquistas entre sus líderes. Sin embargo, en 1921 la primera ola del anarquismo estaba dando sus últimos coletazos en Sudáfrica, cuando activistas destacados abandonaban el anarquismo al servicio de la construcción del Partido Comunista Sudafricano. Como ya se ha indicado, los anarquistas de muchos países se convirtieron en importantes líderes comunistas, y como pronto veremos, este fue también el caso de Brasil y otros países de América Latina.

Como en Sudáfrica, las ciudades portuarias norteafricanas en el Mediterráneo desempeñaron también un papel destacado en la difusión de las ideas anarquistas. El movimiento anarquista egipcio es un buen ejemplo de esta tendencia, ya que aquí el anarquismo fue un fenómeno casi exclusivamente inmigrante. Ya en 1877, el movimiento anarquista egipcio comenzó a publicar la revista anarquista en lengua italiana *Il Lavoratore*, a la que siguió poco después *La Questione Sociale*. Su público principal era la floreciente comunidad inmigrante italiana de Egipto, concentrada principalmente en la ciudad portuaria mediterránea de Alejandría. Como Alejandría era una ciudad portuaria, era bastante diversa e iba a funcionar de reserva no solo para la actividad anarquista sino también para los exiliados anarquistas de la región mediterránea. A finales del siglo XIX, Malatesta buscó refugio aquí después del intento de asesinato del rey Umberto I, al igual que Luigi Galleani en el año 1900. Pronto, las ideas anarquistas de la comunidad italiana se difundirían entre los trabajadores inmigrantes griegos, que pasarían a organizar un sindicato de orientación anarquista para zapateros en Alejandría. Sin embargo, hay pocas pruebas de que las ideas anarquistas se difundiesen de forma significativa fuera de las comunidades inmigrantes y hacia las propias comunidades egipcias nativas (Stiobhard).

Túnez y Argelia fueron los otros dos países en los que se afianzó el anarquismo. La ciudad portuaria de Túnez, en el norte del país, disponía de un movimiento anarquista entre los inmigrantes italianos, que, como en Egipto, se dedicaron a

publicar varias revistas, como *L'Operaio* y *La Protesta Umana*. La segunda la publicó el conocido panfletista Luigi Fabbri, que entonces vivía en Túnez. Además, en la ciudad portuaria de Argel, en el norte de Argelia, se centraba un cúmulo importante de actividad anarquista, incluyendo varios periódicos anarquistas como *L'Action Revolutionnaire*, *Le Tocsin*, *Le Libertaire* y *La Marmite Sociale*. Aunque existe poca información disponible acerca del periodo intermedio, sí está bien documentado que, después del fracaso de la Guerra Civil Española en 1939, muchos anarquistas se trasladaron a Argelia, alrededor de la ciudad portuaria de Orán (Stiobhard).

ANARQUISMO EN AMÉRICA LATINA

Argentina, Uruguay, Brasil, Chile, México y Cuba

El desarrollo del anarquismo en América Latina fue un proceso moldeado por la naturaleza singular de cada uno de los países de la región, así como por los factores que muchos de ellos tenían en común. Algo que todos tenían en común era su relación subordinada a la Doctrina Monroe de 1823, que mantuvo a *las Américas* bajo la tutela del país que arrogantemente se refiere a sí mismo como la única *América* —es decir, Estados Unidos—. De hecho, poco después de conseguir la independencia de España y Portugal, el hemisferio occidental se volvió a colonizar de manera rápida —de forma no oficial— en nombre de los intereses de EE. UU. Fue en este contexto subordinado en el que surgieron los primeros movimientos anarquistas en América Latina, con demasiada frecuencia bajo la mano de hierro de dictadores impuestos desde arriba, en el Norte. Además, es importante señalar que el contexto gubernamental de América Latina estaba bastante más influido por el pensamiento de Aristóteles y Santo Tomás de Aquino que por el liberalismo, la mayor influencia filosófica en las democracias anglosajonas (Erickson, 1977: 3). Aquí, el corporativismo era la mayor fuerza filosófica, adoptando una visión del Estado como reflejo *orgánico* de la voluntad moral del pueblo, antes que como un *árbitro* entre las diferentes fuerzas políticas de la sociedad, como en Norteamérica. Paradójicamente, la consecuencia fue que gran parte de la sociedad vería a todas las fuerzas opositoras como esencialmente antiliberadoras. El proceso ideológico del corporativismo implicaba una astuta combinación de asimilación burocrática de los movimientos revolucionarios y de represión violenta de quienes no aceptasen tales acciones. El papel predominante de la Iglesia Católica Romana en la sociedad, unido a la tradición del Derecho romano, constituyeron los otros dos factores diferenciadores principales de las sociedades latinoamericanas con respecto a gran parte del Norte. Esto significaba, obviamente, que los anarquismos que se desarrollaron allí fueron cualitativamente distintos de los que surgieron en un entorno político significativamente diferente.

En América Latina, el movimiento anarquista fue, sin duda, más fuerte en Sudamérica. Y en Sudamérica, el anarquismo fue indudablemente más fuerte en los países del *Cono Sur*, Argentina, Uruguay y Brasil. Fue el mayor movimiento social en Argentina desde alrededor de 1885 hasta aproximadamente 1917, cuando los socialistas de Estado tomaron el control de las grandes federaciones sindicales (Joll, 1971: 218). El movimiento fue extremadamente conflictivo debido al predominio del sistema latifundista, en el cual unas pocas familias controlaban casi toda la tierra. Esta extrema estratificación social preparó el camino para el peronismo, un sistema

en el que las familias de la antigua élite se imponían con impunidad, de una forma extremadamente aristocrática, sobre las masas de inmigrantes recién llegados. Como en esta sociedad el único medio legal para influir en el cambio era votar, el hecho de que hasta el 70% de la población urbana estuviese legalmente privada del derecho al voto, no le granjeó al sistema demasiadas simpatías. De hecho, creó una situación social que sería el germen del anarquismo.

El anarquismo fue más popular entre los sectores de la clase obrera argentina: nunca alcanzó realmente un elevado grado de organización entre el campesinado. Sin embargo, hubo intentos de organizar sindicatos anarquistas de estudiantes, además de sindicatos anarquistas de trabajadores (Joll, 1971: 222). El anarquismo individualista stirnerista nunca tuvo mucho eco aquí y, como en muchos países del mundo, el movimiento era un equilibrio entre comunistas libertarios según la tradición de Kropotkin y anarquistas colectivistas según la tradición de Bakunin, con muy poco conflicto entre las dos corrientes. El comunista libertario italiano Errico Malatesta inmigró en 1885, y en dos años había organizado el primer sindicato de panaderos[2] del país en 1887. Este movimiento allanó el camino para la organización de las Sociedades de Resistencia, una forma de organización de trabajadores en grupos de afinidad que era la columna vertebral de la FOA, que en 1904 se convirtió en la FORA.

Entre 1905 y 1910 se produjo el estallido de popularidad del movimiento anarquista, generalizándose en los movimientos populares y llevando a cabo huelgas generales en Buenos Aires y otros lugares. La sociedad se volvió tan inestable que la ley marcial se impuso de forma rutinaria durante cortos periodos de tiempo. Disparaban a los trabajadores en las manifestaciones del 1º de Mayo; a otros los encarcelaban en Tierra del Fuego; la tortura estaba generalizada. Simon Radowitsky, un joven que lanzó una bomba al coche del jefe de policía, se convirtió rápidamente en un conocido mártir al ser condenado a cadena perpetua. De hecho, se hizo tan popular que los compañeros tomaron finalmente la determinación de trazar un plan para su fuga de prisión, que culminaron con éxito (Joll, 1971: 219).

La Semana Trágica fue un acontecimiento importante ocurrido en 1919, cuando se declaró una huelga general que el Coronel Varela reprimió brutalmente, lo cual llevó rápidamente a su asesinato. En 1931 el ejército había tomado el poder y el movimiento anarquista fue reprimido mediante una combinación de escuadrones de la muerte, sentencias de cárcel e intimidación general. Cuando, casi dos años después, se levantó finalmente la ley marcial, todos los periódicos y organizaciones anarquistas que antes habían estado enemistados, hicieron borrón y cuenta nueva y publicaron una declaración conjunta titulada «Dieciocho meses de terror militar». La intensa represión en Argentina había provocado gran solidaridad y apoyo mutuo entre los diferentes tipos de anarquistas, lo que se tradujo en varias publicaciones y acciones conjuntas que trascendieron las diversas ideologías. Desde esta nueva solidaridad, tanto la FORA como otras organizaciones anarquistas enviaron

delegaciones a las Brigadas Internacionales para la Guerra Civil Española contra Franco. Pero pronto Argentina tendría su propio gobierno fascista con el que enfrentarse. El General Perón se hizo oficialmente con el poder en 1943, forzando a la FORA a pasar de nuevo a la clandestinidad, junto con *La Protesta Humana*. Cuando finalmente cayó el régimen peronista, se editó otra publicación conjunta, llamada *Agitación*, en la que participaron todas las tendencias anarquistas. Cabe citar también publicaciones como *El Descamisado*, *La Batalla* y *La Protesta Humana*, periódico al que estuvieron vinculadoss Max Nettlau y Errico Malatesta. Ante semejante represión, gran parte de la población había aceptado la asimilación estratégica de los movimientos populares por el Estado peronista. Quienes no la aceptaron recurrieron a menudo a la Revolución bolchevique de Rusia como prueba de que el anarquismo ya no era una idea viable. El fracaso final de la Guerra Civil Española tampoco mejoró las cosas, y finalmente el anarquismo pasó a tener una influencia marginal (Joll, 1971: 230).

Como en Argentina, el movimiento anarquista de Uruguay estaba principalmente compuesto por trabajadores inmigrantes europeos procedentes de sociedades industrializadas. Por eso el anarquismo en los primeros años fue principalmente un movimiento más de la clase obrera que del campesinado. Aquí también fue el mayor movimiento revolucionario del primer cuarto del siglo XX. El movimiento estaba basado fundamentalmente en Sociedades de Resistencia a partir de grupos de afinidad, afiliadas a la FORU, que se formó en 1905. Malatesta terminó involucrándose pronto en la FORU, inclinándola hacia el comunismo libertario de Kropotkin y alejándola del colectivismo anarquista de Bakunin. La FORU trabajaba en temas muy variados, bastante alejados del ámbito de los sindicatos empresariales. Por ejemplo, se inició una campaña importante contra el alcoholismo, así como iniciativas para fundar bibliotecas y escuelas cooperativistas. Estos desarrollos se debían sobre todo a que el anarquismo se centraba en la importancia de crear una cultura anarquista paralela. Aunque mucho surgió de la FORU, la mayor parte de cultura anarquista —incluyendo obras de teatro, lecturas de poesía y otros actos de aquel momento— tuvo su origen en los afiliados al Centro Internacional de Estudios Sociales (CIES) de Montevideo (Joll, 1971: 224). El CIES estaba fuertemente implicado también en la prensa anarquista, con publicaciones como *La Batalla* —presumiblemente denominado así por el periódico argentino anterior del mismo nombre—, que se publicó ininterrumpidamente durante más de quince años.

Los anarquistas uruguayos, con un dinamismo desconocido para los demás movimientos anarquistas, tenían también un alcance muy internacionalista, excesivo para algunos. Cuando la Revolución mexicana irrumpió en la escena mundial en 1910, el movimiento anarquista de Uruguay envió delegaciones para ayudar a los magonistas. Ayudaron asimismo a la CNT–FAI con soldados para las Brigadas Internacionales en el momento álgido de la Guerra Civil Española (Joll, 1971: 226). El declive final del anarquismo en Uruguay tiene su origen principalmente en el éxito

de la Revolución bolchevique y en las enormes divisiones ideológicas por cuestiones de lealtad que de aquí resultaron en el movimiento entre la FORU y la USU.

El último movimiento anarquista de los países del Cono Sur que estudiaremos es el que se desarrolló en el enorme Estado–nación de Brasil. En el contexto del latifundismo, corporativismo y autoritarismo brasileños, en el cual grandes terratenientes, con el apoyo del ejército y del Estado, eran dueños de los destinos de la gran mayoría de la población, las únicas formas legales de organización reconocidas eran las sociedades de apoyo mutuo y las cooperativas. Pero, del mismo modo que en Argentina y Uruguay, las Ligas de Resistencia clandestinas basadas en grupos de afinidad formaban la columna vertebral del sindicalismo militante brasileño, protegiendo a los anarquistas de la represión. Sin embargo, el sindicalismo anarquista estaba limitado en gran medida a artesanos especializados y otros trabajadores, dejando a casi todos los demás trabajadores, entre ellos inmigrantes y mujeres, sin representación sindical.

Como en China y Sudáfrica, el Partido Comunista brasileño, el PCB, se erigió sobre las ruinas del anteriormente inestable movimiento anarquista (Chilcote, 1974: 11). Sin embargo, el anarquismo tuvo su mayor influencia en Brasil principalmente de 1906 a 1920, sobre todo entre trabajadores inmigrantes urbanos. En este contexto, en 1906 se convirtió en la corriente predominante dentro del movimiento obrero, mucho más importante de hecho que el socialismo de Estado (Chilcote, 1974: 19). A los militantes sindicalistas anarquistas, activos en la Confederação Operária Brasileira (COB), se les recuerda por ayudar a la clase obrera brasileña a conseguir la jornada de ocho horas y significativos aumentos de salario de manera universal. La huelga general de São Paulo de 1917 supuso el inicio de tres años de actividad anarquista militante dentro del movimiento obrero. Durante estos años, una estrategia de represión, combinada con asimilación, se convirtió en la estrategia del Estado corporativo. Los anarquistas no convocaron la huelga general inicialmente, sino que la iniciaron las masas de trabajadoras textiles, a las que los organizadores anarquistas habían ignorado. Al principio, esta actividad autónoma de las mujeres trabajadoras y otros sectores de la clase obrera industrial puso a los líderes anarquistas a la defensiva. Pero finalmente los anarquistas aceptaron el liderazgo femenino y decidieron trabajar con ellas en vez de en contra de ellas (Wolfe, 1993: 25).

El movimiento anarquista en Brasil comenzó su declive por varias razones. Una fue que a menudo no consiguió llegar adecuadamente a la población rural mayoritaria. Otra, que el éxito de la Revolución bolchevique supuso el inicio del fin de la hegemonía ideológica anarquista. Como en Argentina y Uruguay, el movimiento anarquista se dividió en dos facciones de la misma importancia: pro y antibolcheviques. Como resultado de esta división, muchos de los anarquistas más activos pronto pasarían a involucrarse fuertemente en las actividades del PCB. El Partido rechazó a quienes no lo hicieron, y las purgas internas terminaron por expulsar a los que conservaban alguna simpatía por el anarquismo (Wolfe, 1993: 33).

El paso final hacia la destrucción del anarquismo brasileño fue la revolución de 1930, que marcó el inicio de una nueva era del sistema burocrático, paternalista y asimilador del *corporativismo*.

Si el anarquismo de los países del Cono Sur influyó en el movimiento global hasta cierto punto, fue el movimiento anarquista que se desarrolló en México el que más afectó e influyó en la dirección del anarquismo en toda América Latina y gran parte del resto del mundo. Este comenzó en 1863, cuando un profesor de filosofía de Ciudad de México de ascendencia griega llamado Plotino Rhodakanaty formó la primera organización anarquista del país, una coalición de estudiantes y profesores denominada el Club Socialista de Estudiantes (CSE). El CSE procedió a difundir sus ideas mediante la organización de sindicatos anarquistas entre la clase obrera urbana. En poco tiempo, esto condujo a la primera huelga en la historia de México, a la organización de las poblaciones indígenas del sur de México y, finalmente, a una nueva organización, denominada La Social, en la que tuvieron un papel destacado activistas de la Comuna de París en el exilio, hasta llegar a contar con 62 organizaciones miembro en todo el país (Wolfe, 1993: 9). A causa de esta considerable actividad, Rhodakanaty y muchos de sus compañeros fueron finalmente ejecutados a manos de Porfirio Díaz.

Como en otros lugares de América Latina, el periodo postcolonial se había caracterizado por una sucesión de dictaduras y, finalmente, por una importante revolución social en 1910. En esta revolución, una alianza temporal entre Ricardo Flores Magón, Emiliano Zapata, Pancho Villa y Pascual Orozco apoyó la causa de los trabajadores y campesinos mexicanos. De todos ellos, Magón es quien puede describirse más propiamente como anarquista; él y su hermano Enrique publicaron a partir de 1900 un periódico anarquista popular llamado *Regeneración*. De origen indígena zapoteco, ambos estaban determinados a asegurar la autonomía de los pueblos indígenas en cualquier orden social que surgiese de la revolución (Poole, 1977: 5). Para 1905 habían formado el Partido Liberal Mexicano (PLM), de orientación comunista libertaria, al que se llamó así para evitar el rechazo popular, sin dejar de ser absolutamente anarquista en sus reivindicaciones. Esta estrategia funcionó bien, llevando finalmente a dos levantamientos armados en los que participaron tanto miembros de la IWW como anarquistas de Italia (Poole, 1977: 22).

Los activistas del PLM cruzaron libremente las fronteras para trasladarse a Los Ángeles, San Antonio y San Luis, a varias ciudades de Canadá, y a numerosas ciudades de todo México. Mientras, una red informal de anarquistas de todo el mundo participó en el proyecto de construcción de un contingente anarquista dentro de la Revolución mexicana. Sin embargo, esta relación no fue siempre sana: en un momento dado, Magón se vio forzado a escribir incluso un airado ensayo antirracista[3] en respuesta a la afirmación de Eugene Debs de que los mexicanos eran «demasiado ignorantes para luchar por la libertad» y que seguramente fracasarían en cualquier intento de levantamiento (Poole, 1977: 88). El ensayo rogaba a los

anarquistas norteamericanos que se tomasen en serio al PLM: «Por todo el mundo las razas latinas no están escatimando tiempo ni dinero para apoyar lo que inmediatamente han reconocido como la causa común. Estamos satisfechos de que las grandes ramas anglosajona y teutónica del ejército obrero no irán a la zaga; estamos satisfechos de que solamente la ignorancia a causa de las dificultades idiomáticas esté causando un retardo temporal» (Poole, 1977: 90). Luego, en 1910, Francisco Madero publicó su «Plan de San Luis»[4], que llamaba a la insurrección a partir del 20 de noviembre de ese año. El levantamiento se difundió rápidamente hasta convertirse en una revuelta en todo el país, liderada por Magón, Zapata, Villa y Orozco.

En medio del levantamiento tuvo lugar una de las pocas elecciones honradas de México, que Madero ganó fácilmente. Antes de producirse la elección, sin embargo, Magón, Zapata y sus seguidores ya habían roto claramente con Madero por la cuestión de la reforma de la tierra y la autonomía indígena, y como resultado habían publicado su propio «Plan de Ayala». Los zapatistas y magonistas tomaron las armas juntos, unidos por un trasfondo tribal común del sur de México, que en unos pocos años había conducido con éxito al cerco de Ciudad de México. La dictadura de Huerta continuó mientras la revolución seguía creciendo. Entonces, cuando Huerta dimitió y Venustiano Carranza se convirtió en presidente en 1917, también entró en vigor la Constitución mexicana. Debido a la influencia de Zapata y Magón, se incluyeron muchos rasgos extremadamente progresistas, como el derecho a una educación gratuita, el derecho de los indígenas a dirigir granjas de forma colectiva (ejidos) y otras reformas sociales y de la tierra. Desafortunadamente, Carranza explotó las divisiones entre los anarcosindicalistas y los comunistas libertarios y consiguió sobornar a la anarcosindicalista Casa del Obrero Mundial para que organizase *batallones rojos* que lucharan contra Zapata y Villa. En 1919, el coronel mexicano Jesús Guajardo tendió una emboscada a Zapata y lo mató, librando al régimen de Carranza de su principal enemigo populista. Pero una vez derrocado Carranza, llegaron al poder Obregón, Calles y una larga lista de otros centristas que se oponían a la dominación del clero, pero que apoyaban la inversión extranjera en México. Este proceso marcó el inicio de la dictadura del PRI y el fin de la primera ola del anarquismo.

El anarquismo cubano se desarrolló a mediados del siglo XIX a causa de la temprana influencia intelectual del mutualismo de Proudhon en el movimiento obrero. A finales de la década de 1900 había alcanzado un mayor nivel de madurez con el surgimiento del líder anarquista Roig San Martín, el periódico que editó, *El Productor*, y la organización anarquista nacional Alianza Obrera (Fernández, 2001: 20). Sin embargo, como ocurre con el anarquismo chino, indio y mexicano, el anarquismo cubano no puede entenderse limitándose a los confines del Estado–nación cubano. En las comunidades de inmigrantes cubanos en Cayo Hueso, Mérida (México) y Tampa se producía también gran parte de la actividad importante. De

hecho, en octubre de 1889 estalló una huelga general en Cayo Hueso, con solidaridad y apoyo de trabajadores cubanos en La Habana, Tampa e Ybor City. Apenas unos meses antes de esta huelga histórica, San Martín había muerto de un coma diabético, y más de 10000 cubanos llegaron de todas partes de la isla para asistir al funeral.

Con el cambio de siglo, la lucha por la independencia cubana se había convertido en un importante motivo de división dentro del movimiento anarquista. Los anarquistas de la clase obrera acusaron a los independentistas de «aceptar dinero del capitalismo tabaquero» (Fernández, 2001: 30). Sin embargo, al final la mayoría de los anarquistas se concentraron en torno a José Martí y su Partido Revolucionario Cubano (PRC), análogo al PLM mexicano en su defensa de la democracia y la descentralización. En Europa, anarquistas como Élisée Reclus ayudaron a formar organizaciones de solidaridad internacional para apoyar al movimiento independentista. Pero poco después de la independencia Estados Unidos ocupó la isla. Errico Malatesta decidió mudarse de Nueva Jersey a La Habana para ayudar allí al movimiento anarquista. La Revolución mexicana tuvo una fuerte repercusión en el movimiento anarquista cubano, y los hermanos Magón lograron introducirse en Cuba varias veces, tanto a través de las páginas de *Regeneración* como en persona. Pero el movimiento anarquista cubano cayó finalmente en un periodo de pronunciado declive con el surgimiento de la Revolución de Octubre (Fernández, 2001: 51). Sin embargo, permanece el recuerdo de que fueron los anarquistas quienes allanaron el camino en Cuba para el movimiento sindicalista y la revolución socialista que se produciría más adelante.

ANARQUISMO EN ORIENTE MEDIO

Armenia, Líbano, Turquía, Palestina

A la luz de los acontecimientos, tanto históricos como recientes, se podría argumentar fácilmente que Oriente Medio es y ha sido de vital importancia para muchos procesos en todo el mundo. Como en África, esta región vio desarrollarse el anarquismo de primera ola principalmente a lo largo de los límites de la región. El Imperio otomano, por ejemplo, ya estaba metiendo en cintura a los anarquistas armenios a finales del siglo XIX, debido a su actividad de agitación generalizada. Entre los anarquistas armenios, Alexandre Atabekian gozaba de la mayor notoriedad internacional y era el que disponía de más contactos con el movimiento anarquista internacional. Entabló amistad con Piotr Kropotkin, Élisée Reclus y Jean Grave durante sus estudios en Ginebra. De hecho, su amistad con Kropotkin era tan fuerte que le acompañó en su lecho de muerte y después ayudó a organizar el famoso cortejo fúnebre por las calles de Moscú. Atabekian tradujo varias obras anarquistas al armenio, y publicó y distribuyó una revista anarquista llamada *La Comuna (Hamaink)*, que también se tradujo al persa.

Atabekian realizó un serio intento de convertir la política del anarquismo en relevante para la situación política de Oriente Medio. Todos sus escritos siguen un claro patrón de oposición tanto a la dominación del Imperio otomano sobre Armenia como a la intervención y dominación europeas sobre la región en general. Esto culminó con el desarrollo de la Federación Revolucionaria Armenia (Dashnaktsouthian), una coalición de anarquistas, nacionalistas y socialistas que, entre otras actividades, publicó y distribuyó varios folletos anarquistas por toda Armenia. Aunque su manifiesto se comparó en etapas tempranas con la retórica de los nihilistas rusos, parece que en unos pocos años el marxismo–leninismo sustituyó en gran parte al anarquismo de Dashnaktsouthian. Sin embargo, aun cuando el marxismo–leninismo tuvo éxito en Armenia, los ideales anarquistas se popularizaron entre los inmigrantes armenios que se dirigían a los Estados–nación de Occidente, como demuestra la publicación de varias revistas anarquistas en idioma armenio en Estados Unidos en la misma época (Stiobhard).

Aparte de Armenia, se sabe que Malatesta pasó tiempo en las comunidades anarquistas de las ciudades portuarias de Beirut, en Líbano, así como en Esmirna, en Turquía (Stiobhard). Sin embargo, se sabe muy poco sobre la naturaleza de estas comunidades o hasta qué punto estas comunidades tuvieron éxito en la construcción de un movimiento anarquista local entre la población no inmigrante. Como hemos visto en el caso de Alejandría y Túnez, las ciudades portuarias del Mediterráneo se caracterizaban frecuentemente por su diversidad, y lo más probable es que estas

comunidades anarquistas estuviesen principalmente compuestas por trabajadores inmigrantes italianos. Pero hay otro país en el que el anarquismo estuvo presente y del que aún no hemos hablado: Palestina o Israel.

Antes de la creación del Estado israelí, en el primer cuarto del siglo XX, ya estaba en marcha un movimiento anarquista, tanto entre los palestinos como entre los judíos, que se opuso a la creación de un Estado judío y trabajó en cambio por una sociedad de judíos y árabes, sin Estado, de democracia directa y pluralista. Sectores anarquistas del movimiento *comunitario*, inspirados por la colaboración de destacados anarquistas judíos como Gustav Landauer y Rudolf Rocker, establecieron las bases para el primer movimiento de *kibutz* en Palestina y, según Noam Chomsky, este era el significado original del término «sionista». Los sionistas comunitarios originales se oponían a la creación del Estado, ya que esto «requeriría repartirse el territorio y marginar, por motivos religiosos, a una parte importante de su población pobre y oprimida, en vez de unirla a partir de principios socialistas» (Barsky, 1997: 48). De los comunitarios anarquistas de esa época, uno de los más importantes fue Joseph Trumpeldor, que atrajo a miembros del primer *kvutzo* hacia el pensamiento comunista libertario de Piotr Kropotkin. En 1923, *El apoyo mutuo* de Kropotkin se convirtió en uno de los primeros libros que se tradujo al hebreo y se distribuyó por toda Palestina. Este primer trabajo preparatorio de activistas como Trumpeldor se convirtió en una influencia importante en el pensamiento de Yitzhak Tabenkin, un líder del movimiento seminal Kibbutz Hameuhad. El periódico comunitario anarquista *Problemen* era la única publicación periódica internacional que se publicaría en *yiddish* y en hebreo, y era una de las pocas voces que clamaba por una coexistencia pacífica entre judíos y árabes en el modo comunitario anterior a la creación del Estado israelí. Este movimiento comenzó a desaparecer después de 1925, con la creación del movimiento por un Estado israelí y la consolidación del partido (Oved, 2000: 45).

CONCLUSIÓN

Implicaciones para la corriente anarquista del siglo XXI

En este trabajo hemos demostrado que uno de los factores fundamentales en el desarrollo de las ideas y movimientos anarquistas ha sido la migración global de los pueblos, que, por supuesto, es el resultado del desarrollo de un sistema mundial capitalista e imperialista. En toda Asia Oriental, se ha puesto de manifiesto que las redes anarquistas globales entre San Francisco, Tokio y París tuvieron una importancia primordial en el desarrollo del sindicalismo anarquista y de *las formas anarquistas puras* del comunismo libertario. En el contexto del Sur de Asia, sabemos que durante su estancia en Sudáfrica Gandhi se involucró por primera vez en la lucha que mantuvo toda su vida contra el dominio británico: en esta época la organización anarcosindicalista Industrial Workers of Africa había alcanzado su apogeo. El desarrollo del propio anarquismo africano surgió originalmente de los movimientos importados de los trabajadores inmigrantes en el país, tanto en Sudáfrica como en las ciudades portuarias mediterráneas del norte de África. Los pocos movimientos anarquistas que existieron en Oriente Medio tuvieron su origen sobre todo en los trabajadores inmigrantes italianos que se habían sentido atraídos por el pensamiento anarquista, principalmente dentro de su propia comunidad. Por toda América Latina, fueron especialmente importantes las migraciones de los pueblos, entre las que puede considerarse paradigmática la estancia y agitación de Malatesta en Brasil, Uruguay, Argentina, México y Cuba.

Se ha demostrado, además, que en el contexto no occidental, la primera ola del anarquismo surgió tanto formando parte del *paquete* del proyecto de la Modernidad como a partir de la reacción contra él, proporcionando paradójicamente a los países oprimidos un arma *moderna* con la que luchar contra la Modernidad y la occidentalización mismas. Una dialéctica similar está presente en la segunda y tercera ola del anarquismo, que surgieron fundamentalmente alrededor de las contraculturas globales de finales de la década de 1960 y de nuevo a finales de la década de 1990. En la década de 1960, Estados Unidos estaba ocupado afianzando su posición como la única superpotencia del planeta: las brutales intervenciones en el Sudeste Asiático y otras regiones demuestran la importancia que este objetivo tuvo para Estados Unidos durante dicha época. Además, no satisfechos con meras operaciones militares para asegurar su poder, la promoción de la cultura americana como universal —también entendida como la activación del *espectáculo*— se convirtió en un elemento central de su estrategia. Como en la primera ola, escondido bajo la sociedad del espectáculo se encontraba su antídoto: la contracultura del espectáculo. Esta contracultura había surgido como parte integrante del ascenso de la cultura del espectáculo en un sentido más amplio, pero, como en el caso del surgimiento de la Modernidad, se entendía también como reacción frente a ella. Por ejemplo, en los

países de Oriente Medio, como Israel, las organizaciones anarquistas como Black Front surgieron de la contracultura juvenil, publicando revistas como *Freaky*. Estas revistas, aun formando ostensiblemente parte de la cultura del espectáculo general de la Pax Americana, eran también de las pocas publicaciones del país que se oponían activamente y criticaban guerras como la de Yom Kipur (*Do or Die:* 1999).

En general, se considera que la tercera ola del anarquismo también surge como un fenómeno cultural, que comenzó a gestarse en la decadencia de la década de 1980 con la contracultura independiente del *punk* y sus redes globales. Al contrario que la segunda ola del anarquismo, esta contracultura valoraba la independencia de las corporaciones al menos en la misma medida que el internacionalismo, y trabajó para construir redes independientes entre *punks*, grupos musicales, *fanzines* y escenas locales de todo el mundo. Los pequeños *fanzines* de producción propia se convirtieron en un medio para intercambiar ideas en tiendas de discos, espacios de distribución y sellos discográficos no empresariales. En países como Brasil, Israel y Sudáfrica, la contracultura *punk* fue fundamental para la reconstrucción del movimiento anarquista. Mientras que la invasiva Pax Americana llevaba un McDonalds a casi cada ciudad del planeta, también traía a las tiendas de discos locales —mediante sus ramas de distribución, revistas culturales e incesante promoción del inglés como lengua franca— grupos *anarcopunk* como Crass, Conflict y otros. Para muchos, la guerra del Golfo de 1991 significó la primera oportunidad real de poner estos ideales en práctica, organizando manifestaciones masivas y acciones directas por todo el mundo. Precisamente al año siguiente le siguieron las acciones motivadas por el 500 aniversario de la colonización de las Américas por Europa. Y solo unos pocos meses después se produjeron los disturbios de Los Ángeles. En las repercusiones continentales y globales que les sucedieron, los *punks* anarquistas comenzaron a involucrarse más en la organización y el activismo social directos. Esto supuso no solo una politización del *punk*, sino también una *punkificación* concomitante del activismo radical, así como un enfrentamiento entre ambos.

El levantamiento zapatista de enero de 1994 consolidó esta tendencia, al formarse redes de apoyo descentralizadas radicadas en Internet que tenían alcance mundial y ayudaban a asegurar el éxito, de otro modo improbable, de un movimiento autonomista mayoritariamente no violento en el sur de México. Para finales de la década de 1990, muchos *punks* anarquistas habían diversificado sus afiliaciones culturales, y comenzaban a identificarse más con el activismo y el anarquismo en sí que con la contracultura *punk* independiente, que en gran medida estaba muriendo. Muchos se involucraron en la lucha zapatista, viajando a Chiapas y trabajando como observadores internacionales o asistiendo a los encuentros internacionales celebrados en México y España. La nueva tradición antipolítica del zapatismo, con su rechazo a la universalidad tanto del socialismo como del anarquismo, tuvo una gran influencia en los anarquistas de todo el mundo. En el momento en que se produjo la revuelta

contra la cumbre de la OMC de 1999 en Seattle, muchos anarquistas ya estaban entrando en el paradigma anarquista postoccidental, rechazando etiquetarse como anarquistas *per se*, pero identificándose aun así fuertemente con sus ideas básicas. Muchos comenzaron a referirse a sí mismos como «autónomos», más que como específicamente «anarquistas» en sí. El cambio real provocado por este proceso consistió en que la resistencia contracultural trascendió como proceso de transformación en la consecución de un *nuevo* anarquismo, que puede caracterizarse como *posthegemónico* o, como algunos lo han denominado, *postoccidental*.

Para concluir, pues, me gustaría evaluar brevemente los resultados de la síntesis de los nidos sociales que ha formado la primera ola del anarquismo y el surgimiento de la segunda y tercera ola del anarquismo como un contraespectáculo entre los anarquismos no occidentales. A pesar del habitual rechazo de casi todo el anarquismo de principios del siglo XX como un *anarquismo clásico* monolítico y, por tanto, sin valor y anticuado en el contexto de la tercera ola del anarquismo actual, este estudio del anarquismo no occidental temprano demuestra que, de hecho, el anarquismo de esa época no era menos ideológicamente diverso de lo que lo es ahora, a principios del siglo XXI. El *anarquismo puro* de Japón, por ejemplo, prefiguraba en muchos sentidos el desarrollo actual de un anarquismo más verde, cuyos elementos están presentes en las corrientes anarquistas de la ecología profunda y de la ecología social. De hecho, John Crump recalcó las extraordinarias similitudes del equilibrio de la autosuficiencia económica y el comercio intercomunitario de Bookchin con el anarquismo puro (Crump, 1976: 203). El primer anarquismo japonés también ayudó a preparar el camino para el desarrollo, a finales de la década de 1960, de Zengakuren, una organización estudiantil militante ensalzada por los situacionistas por su unión de las luchas estudiantiles y de la clase obrera. Al centrarse en la cultura, el movimiento anarquista de China prefiguró la Revolución Cultural de Mao, pero aún más lo hizo el Movimiento Democrático de la década de 1980, que podría haber ayudado a inspirar el incidente de la Plaza de Tiananmén. Sin duda, una renovación del interés por el anarquismo ha dado forma a la reevaluación de la historia socialista de China incluso actualmente en el país. El movimiento anarquista temprano de Corea puede entenderse como precursor del Levantamiento de Gwangju de 1980. Tal y como ha recalcado George Katsiaficas, «igual que la Comuna de París, el pueblo de Gwangju se rebeló espontáneamente y se gobernó a sí mismo hasta su brutal represión a cargo de fuerzas militares nativas inducidas por una potencia extranjera» (2001). Esta potencia militar era, como cabe suponer, Estados Unidos. La influencia anarquista en el movimiento Satyagraha de Gandhi en la India se transfirió al movimiento Sarvodaya de Vinoba Bhave y Narayan en la década de 1960 y puede apreciarse también en movimientos más recientes.

A finales de la década de 1960, Argentina experimentó un resurgimiento de su continuada tradición anarquista a través del movimiento estudiantil. La división entre la FORU y la USU en Uruguay después de la Revolución bolchevique significó que

el anarquismo no recuperaría lo que podríamos denominar un electorado hasta la década de 1960. Sin embargo, esta vez no se basaba principalmente en los movimientos de la clase obrera, sino que se cimentó más bien en los movimientos estudiantiles que resultaron de la formación de la Federación Anarquista Uruguaya (FAU) en 1956. Algunos de los que originalmente se involucraron en la FAU, que finalmente tendería a marxismos más deterministas, continuarían para formar organizaciones estudiantiles de orientación anarquista. Estos activistas ayudaron más tarde a construir el Centro de Acción Popular (CAP) como un medio para involucrar a sectores más amplios de la población en las luchas antiautoritarias sin las presiones ideológicas de ser explícitamente anarquistas. Esta tendencia se mantuvo alejada del universalismo ideológico en favor de un pluralismo más subjetivo o *panarquía*, que, curiosamente, anticiparía la dirección de los movimientos antiautoritarios en los albores del siglo XXI en todo el mundo. Uno de los panfletos del CAP afirmaba: «En lugar de una *unidad* hipócrita ofrecemos un campo abierto para que todos hagan lo que crean que es necesario […] dejemos que se definan las posiciones y que cada uno trabaje a su manera». Otro de los cambios en la década de 1960 fue la expansión de los anarquistas hacia sectores de la clase no obrera, como el movimiento campesino. Todos los grupos anarquistas, y de hecho toda la izquierda, se involucraron en la construcción del Movimiento por la Tierra (MT), uniendo así por vez primera a la clase obrera y a los movimiento campesinos en una alianza. Por desgracia, la visión que estas nuevas tendencias mostraron finalmente tendría una vida muy corta, al imponerse una larga serie de dictaduras militares, destinadas a servir a los intereses empresariales de EE. UU.

Solo recientemente, desde diciembre de 2001, estas ideas se han puesto de verdad a prueba tras el derrocamiento del régimen neoliberal de De la Rúa. Primero, el gobierno destruyó las vidas de millones de personas en todo el país al aceptar varias medidas de austeridad sucesivas impuestas por el FMI y el Banco Mundial. Además de no pagar a los empleados estatales durante varios meses seguidos, a muchos trabajadores solo se les permitió retirar una cantidad limitada de dinero de sus cuentas bancarias. Y entonces llegó la gota que colmó el vaso: el gobierno le arrebató a la gente la plena libertad para protestar, declarando el estado de sitio. En este punto, el movimiento asumió el cambio radical de exigir que se destituyese a todos los políticos y que no se les sustituyese simplemente por *un conjunto más aceptable de trajes*. Este también es el momento en el que la gente comenzó a tomar el poder en sus propias manos, creando asambleas vecinales autónomas estructuradas horizontalmente, así como redes a nivel nacional, regional y urbano de estas asambleas de barrios. Cada vez que diferentes facciones ideológicas intentaron apoderarse del control de estas asambleas, se les dijo que nadie quería seguir su ideología, que ellos solo querían el control directo de su país (Federación Libertaria Argentina).

Hoy, en Oriente Medio, el anarquismo ha crecido especialmente en aquellos

países en los que surgieron movimientos relativamente pequeños a principios del siglo XX, en su mayoría entre inmigrantes. Las comunidades anarquistas italianas en las ciudades portuarias de Turquía y Líbano se han extendido desde la década de 1980 hasta las poblaciones locales, a menudo a través de la cultura *punk*. Por ejemplo, desde mediados de la década de 1990, un grupo libanés llamado Libertad Alternativa (Al Badil al Thariri) ha estado enviando delegados a los encuentros anarquistas internacionales, así como redactando informes sobre el movimiento anarquista local y traduciendo obras anarquistas al árabe. Desde aproximadamente la misma época, el anarquismo se ha convertido también en una fuerza reconocida en la política turca, con la aparición de representación anarquista en las celebraciones del 1º de mayo y con su participación en encuentros anarquistas internacionales. Los inmigrantes anarquistas italianos y griegos ayudaron a difundir sus ideas en torno a la región mediterránea, hasta los países del norte de África Túnez y Egipto, mayoritariamente en las ciudades portuarias. Aunque su actividad hasta ese momento no parece haber tenido un efecto importante sobre las poblaciones locales, para mediados de la década de 1960 da la impresión de que al menos algunos ciudadanos tunecinos estaban abiertos a las ideas anarquistas. En 1966, un situacionista tunecino llamado Mustapha Khayati ayudó a escribir el texto seminal *Sobre la miseria de la vida estudiantil* mientras estudiaba en París. La sección argelina de la Internacional Situacionista estuvo representada por Abdelhafid Khatib en su conferencia de 1958 (Stiobhard).

El anarquismo africano se ha desarrollado tanto a partir de la primera ola del anarquismo como de la sociedad tradicional. En Nigeria, la naturaleza comunalista de ciertas sociedades tribales tradicionales formó un entorno social que proporcionaría un marco para la transformación en 1990 de la hasta entonces marxista Awareness League en una rama anarcosindicalista de 1000 miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores, radicada principalmente en la parte meridional del país. Además del comunalismo nativo, la caída del marxismo también formó una base importante para el surgimiento de la Awareness League. Curiosamente, los miembros de la Awareness League han manifestado su interés no solo por el anarcosindicalismo de la AIT, sino también por el más reciente anarquismo ecológico en la línea de Murray Bookchin y Graham Purchase. A la Awareness League le precedió en la década de 1980 una coalición anarquista que se hacía llamar El Hacha (Mbah, 1997: 52). En 1997, en medio de una gran agitación social, al parecer, según el delegado local Bright Chikezie, que había entrado en contacto con el miembro británico de la IWW Kevin Brandstatter, más de 3200 trabajadores de Sierra Leona se unieron a la IWW. Más adelante el mismo año, un golpe militar provocó un exilio en masa de estos miembros de la IWW a Guinea, país vecino en el que Bright inmediatamente comenzó a tratar de organizar a los trabajadores del metal para que se uniesen al sindicato. Tras su llegada a Guinea, el secretario de tesorería general de la IWW viajó a Guinea para reunirse con él y discutir la situación (Brandstatter,

1997).

El fuerte movimiento anarquista sudafricano de principios del siglo XX también llevó a la actual proliferación del anarquismo por los medios de comunicación, librerías y otras organizaciones anarquistas. Sirva de ejemplo el Bikisha Media Collective o la Workers Solidarity Federation sudafricana. Gran parte surgió de los miembros blancos e indios de la escena *punk* urbana que querían poner sus ideas en práctica. El punto álgido de esta renovación fue el año 1986, cuando se produjo la mayor huelga general en la historia del país, con el paro de más de millón y medio de trabajadores y estudiantes para exigir el reconocimiento del 1 o de mayo como fiesta nacional (Mbah, 1997: 64). Por toda África en general, el capitalismo se está volviendo más y más inviable, un proceso descendente del que el *socialismo africano* ya ha caído en gran medida como resultado. Más allá de las crisis del capitalismo y del socialismo, el sistema de Estado–nación postcolonial también amenaza con ceder inminentemente bajo el peso de la presión desde abajo: las sociedades sin Estado sobre las que se apuntaló con el fin de facilitar el imperialismo y el capitalismo no pueden funcionar en el contexto de semejante cuerpo extraño. De hecho, Mbah ha afirmado bien claramente que la violencia y los disturbios étnicos que se ven por todo el continente representan «el principio del colapso del sistema de Estado–nación moderno». Continúa diciendo que «el surgimiento de una nueva generación furiosa durante este caos es un factor importante para determinar cómo y en qué dirección se resuelve la crisis actual» (Mbah, 1997: 104). Una situación así está lista para la (re) introducción de la naturaleza descentralizada, democrática y autodeterminada de un sistema anarquista sintetizado con el sistema africano nativo de sociedades sin Estado autónomas pero interconectadas.

Cuando llegue el momento de la verdad, la relevancia de este trabajo para el futuro de los movimientos sociales puede no ser tan compleja, sino, alternativamente, podría simplemente consistir en «conservar los mapas que indican los caminos no seguidos», en palabras de Edward Krebs (1998: xiii). Los académicos a menudo tienden a ver todo lo que desarrollan como algo nuevo y sin precedentes. Creo que este trabajo ha demostrado que, aunque hay varias corrientes nuevas dentro del anarquismo actual, muchas de ellas estuvieron precedidas por otros caminos que no se siguieron o que se olvidaron convenientemente en la construcción de lo que se ha convertido en el fenómeno del anarquismo occidental. Confabulándome con los otros intentos más específicos de un proyecto semejante en el pasado reciente, afirmo: «dejad que comience la deconstrucción». Aunque no sabemos exactamente a dónde nos llevará este proyecto finalmente, sabemos que será un lugar radicalmente más holístico, global y en consonancia con los orígenes del anarquismo como fuerza contrahegemónica que lo que se desarrolló en la tradición del anarquismo occidental en las últimas décadas.

BIBLIOGRAFÍA

Baku, H. (2001): «Anarchism in Turkey» [en línea]. Disponible en <http://www.spunk.org/texts/places/turkey/sp001840.html>, [Visto el 28 de junio de 2015]

Barsky, R. (1997): Noam Chomsky: A Life of Dissen, MIT Press, Massachusetts.

Brandstatter, K. (1997): *Update on the Sierra Leone IWW*, IWW, Swindon (Reino Unido).

Crump, J. (1996): *The Anarchist Movement in Japan, 1906–1996*, Pirate Press, San Francisco.

Chilcote, R. (1974): *The Brazilian Communist Party: Conflict and Integration 1922–1972*, Oxford University Press, Nueva York.

Dirlik, A. (1991): *Anarchism in the Chinese Revolution*, University of California Press, Berkeley.

___ (1997): «Dimensions of Chinese Anarchism: An Interview With Arif Dirlik», en *Perspectives on Anarchist Theory*, Otoño 1997.

Do or Die, (1999): «Direct Action In Israel», pp. 221–4.

Doctor, A. (1964): *Anarchist thought in India*, Asia Publishing House, Delhi.

Erickson, K. (1977): *The Brazilian Corporative State and Working–Class Politics*, University of California Press, Berkeley.

Federación Libertaria Argentina (2002): *Argentina: Between Poverty and Protest* [Panfleto].

Held, D. (1980): *Introduction to Critical Theory*, University of California Press, Berkeley.

Joll, J. (1971): *Anarchism Today, Anchor Books*, Nueva York.

Katsiaficas, G. (1987): *The Imagination of the New Left: A Global Analysis of 1968*, South End Press, Boston.

___ (2001): «Myth and Implications of the Gwangju People's Uprising».

Krebs, E. (1998): *Shifu, Soul of Chinese Anarchism*, Rowman & Littlefield Publishers, Nueva York.

MacSimion, A. (1991): «The Korean Anarchist Movement» [Conferencia en Dublín, Irlanda].

Mbah, S. y I. E. Igariwey[5] (1997): *African Anarchism: The History of a Movement*, See Sharp Press, Tucson (EE. UU.).

Meltzer, A. y S. Christie (1970): *The Floodgates of Anarchy*, Kahn & Averill, Londres.

Munck, R. (1987): *Argentina; From Anarchism to Peronism; Workers, Union and Politics 1855–1985*, Zed Books, Londres.

Oved, Y. (2000): «Kibbutz Trends», Nº 38, p. 45.

Poole, D. (1977): *Land and Liberty: Anarchist Influences in the Mexican*

Revolution. Ricardo Flores Magón, Black Rose Books, Montreal.

Rao, N. (2002): «Bhagat Singh and the Revolutionary Movement» [en línea]. Disponible en <http://www.revolutionarydemocracy.org/rdv3n1/bsingh.htm>, [Visto el 28 de junio de 2015].

Stiobhard, (2001): «Libertarians, the Left and the Middle East» [en línea].

Van der Walt, L. (2002): [Entrevista personal].

Wolfe, J. (1993): *Working Women: Working Men: Sao Paulo and the Rise of Brazil's Industrial Working Class 1900–1955*, Duke University Press, Durham (EE. UU.).

Zarrow, P. (1990): *Anarchism and Chinese Political Culture*, Columbia University Press, Nueva York.

Notas

[1] Según Wikipedia, el gobierno libio mediante la palabra «Yamahiriya» resaltaba que la forma de gobierno de su país es una democracia directa sin partidos políticos puesto que la Yamahiriya rechaza la democracia representativa y la democracia liberal. Esta democracia directa, según el gobierno, funcionaría a través de consejos locales y comunas llamados Comités populares de base. <<

[2] Sociedad Cosmopolita de Resistencia y Colocación de Obreros Panaderos. <<

[3] Publicado en inglés en *Regeneración* el 29 de abril de 1911. <<

[4] «Plan de San Luis» es el nombre de ese manifiesto firmado por Madero llamando a la insurrección contra el gobierno de Porfirio Díaz. <<

[5] [N. del Ed.] De los textos referidos en esta bibliografía solo es posible encontrar en castellano este título de Mbah e Igariwey traducido como África rebelde. *Comunalismo y anarquismo en Nigeria* (Alikornio ed., Barcelona, 2000) y el siguiente de Meltzer y Christie traducido como *Anarquismo y lucha de clases* (Christie Books, Londres, 2012). <<